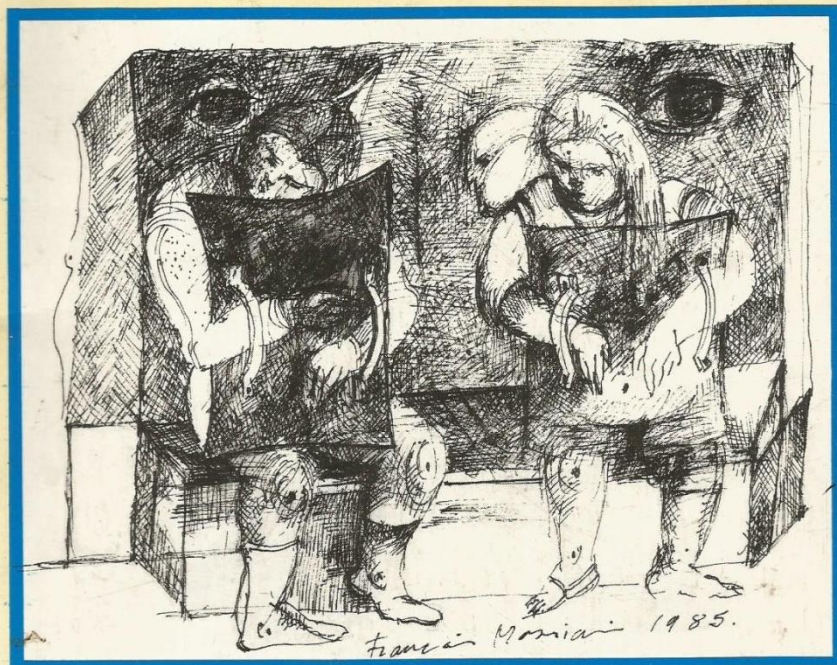


Juan Liscano

Reflexiones
para jóvenes
capaces de leer



PUBLICACIONES  SELEVEN C.A.

Reflexiones para Jóvenes Capaces de Leer: **Una Primera Aproximación a su Discurso Ético**

Roger Vilain
Universidad Nacional Experimental de Guayana
Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Artes
(CIELA)
rvil35@gmail.com

Resumen:

Juan Liscano fue intelectual que hurgó y reflexionó en diversos ámbitos del conocimiento. Literatura, folklore, cultura popular, periodismo, historia o espiritualidad formaron parte de un hacer que dejó honda huella en la ensayística venezolana del siglo XX. En este trabajo, mediante un ejercicio de investigación documental, se intenta una primera aproximación a la propuesta filosófica de su horizonte intelectual, específicamente el discurso ético presente en *Reflexiones para jóvenes capaces de leer* (1985). En él, Liscano critica el logos moderno Occidental y da cuenta de una postura ética que va aparejada con la exigencia de un modo diferente de ser-estar en el mundo que habitamos, la cual abreva probablemente -entre otras fuentes- en la filosofía de Martin Heidegger y Teilhard de Chardin.

Palabras clave: Ética, Modernidad, logos occidental.

A first approach to the ethical speech of Juan Liscano's *Reflexiones para jóvenes capaces de leer*

Juan Liscano was an intellectual who reflected in various fields of knowledge. Literature, folklore, popular culture, journalism, history and spirituality were part of the work he left as deep mark on the Venezuelan essayist of the twentieth century. In this paper, through an

exercise of documentary research, we try at first to approach the philosophical proposal of their intellectual horizon, specifically the ethical speech present in *Reflexiones para jóvenes capaces de leer* (1985). There, Liscano criticizes the Occidental logos and talks about an ethical stance that goes hand in hand with the demand of a different way of being in the world we inhabit, which is probably taken Among other sources from the philosophy of Martin Heidegger and Teilhard de Chardin.

Keywords: Ethics, Modernity, Occidental logos.

Siendo adolescente recibí un obsequio de mi madre: *Reflexiones para jóvenes capaces de leer*. Su autor, Juan Liscano, era un perfecto desconocido para mí. Lo leí, creí captar hasta cierto punto algunas de las ideas que a troche y moche pude vislumbrar, y después dejé el ejemplar ocupando algún lugar en mi pequeña biblioteca. Hoy, al releerlo, observo con otros ojos, afinco la mirada en nuevas propuestas que me animan, que me hacen vincular lo dicho por Liscano con el tratamiento dado a tantos problemas que en su momento debatieron pensadores de diversos tiempos y geografías. Dedicado a la juventud, el libro supone de entrada una invitación particular: la que reta al lector a ejercer de veras un ejercicio profundo de lectura, es decir, a pensar, a poner en discusión ciertas verdades en apariencia inamovibles que, por considerarlas tales, no nos detenemos a revisar. Semejante verbo, "revisar", no es poca cosa. Implica el desarrollo de una crítica constante al modo de vida que para nosotros es lo más normal del mundo. Exige un acto de humildad y detenimiento -un alto en el camino para contemplarnos desde otros ángulos- que arrojará la posibilidad de señalar, de hurgar, de descreer, de interrogar, de elaborar nuevas propuestas, nada menos que al universo occidental y al modo de ser y estar en él.

Liscano escribió un libro que apunta con el dedo índice males incrustados en la sociedad venezolana, pero metidos hasta los tuétanos en Occidente. Males que si no son atendidos con toda la fuerza que su gravedad exige, terminarán ensanchándose, propiciando aún más daño del que ya infligen, e incluso acabando con la vida en el planeta. Es una voz de alerta, un sacudón a los sentidos, a la cotidianidad de una

juventud que puede ser capaz, si se lo propone con firmeza, de percibir lo que ocurre e intentar luego el giro necesario para abrir quizás otros horizontes.

Recuerdo aquella primera lectura y observo desde aquí al adolescente emocionado por lo que poco a poco descubría en el texto. Me veo deslumbrado por lo que el lenguaje traía en sus entrañas, como el mar en cada golpe de ola, percatándome de lo frágil que es el medio en que vivimos. Fue la primera vez que entreví la responsabilidad humana ante el mundo que le da cobijo, que es su casa, y fue asimismo el momento exacto en que sentí miedo por la labor hecha por otros. Quiero decir con esto, entre otras cosas, que Liscano me enseñó a dudar.

“Cuando se habla de progreso se alude generalmente a los desarrollos materiales, a las conquistas logradas sobre la naturaleza, y rara vez al mejoramiento interior, al dominio logrado sobre sí mismo, al vuelo espiritual” (Liscano: 1985, 13)¹. Tal es la línea de razonamiento que inculcaba el bachillerato (¿lo sigue haciendo todavía?) a propósito de la Modernidad, de la ciencia en función de los avances tecnológicos, del conocimiento para progresar, entendida la idea de progreso como una línea recta, continua, que al final permitirá acceder a la mejor de las sociedades posibles. Como puede notarse, se trata de un positivismo por completo abarcador.

¿Qué le decía Juan Liscano a un joven que se atrevió a abrir su libro? Leamos:

No cabe aceptar un optimismo beato ante el futuro, partiendo de la premisa de que el progreso es ascendente e indetenible, creencia que cultivó la inteligencia del siglo XVIII y parte del siglo XIX. Semejante actitud debilita la facultad de crítica, la cual debería estar siempre alerta (4).

De modo que era posible dudar, valía también pensar acerca de lo que nos rodeaba y hurgar, manifestar acuerdos y desacuerdos, no dar por sentada la felicidad a costa del progreso tal como lo concebimos.

¹En adelante, todas las referencias al texto de Liscano utilizadas en este artículo serán tomadas de: Liscano, Juan (1985). *Reflexiones para jóvenes capaces de leer*. Caracas: Seleven. Asimismo, se identificarán al final de la cita con el número de página entre paréntesis.

Liscano abría una puerta y lo que se asomaba del otro lado cuando menos intrigaba, cautivaba.

Era verdad entonces que el progreso, hijo legítimo de la Modernidad, del Siglo de las Luces, permitía a los hombres logros que poco tiempo antes habitaban sólo el reino de los sueños, pero se abría igualmente una segunda puerta, consecuencia directa del hecho de dudar: "no todas las verdades -ha escrito Fernando Savater- son del mismo género porque la realidad abarca dimensiones muy diversas" (Savater: 2000, 53-54). Una verdad lucía entonces incuestionable: vivimos hoy como jamás antes siquiera imaginamos. Los avances técnico-científicos están ahí para probarlo. Pero existe asimismo la otra cara de la moneda, la otra dimensión de la realidad aludida por Savater: semejante sentido del progreso lleva en su fuero interno la carga destructora de un hacer mal llevado y peor ejecutado, es decir, el espectáculo sombrío de un Prometeo robándole el fuego a los dioses y pereciendo luego bajo una hoguera incontrolada. Liscano lanza un primer golpe sobre la mesa: hay otro totalitarismo, el de la sociedad capitalista democrática, y es el crematístico, el de reducir todos los valores al denominador común del enriquecimiento, cuyo efecto es el hedonismo [...] Los circuitos del éxito están trazados por rigurosos análisis de mercado y regidos por la publicidad y la promoción comercial. La demanda es la ley tácita de toda actividad productiva. Las valoraciones se escalonan en función de la demanda. El capitalismo en su fase actual, perdió su carácter paternalista para convertirse en una enorme maquinaria programada por computadoras con la única finalidad de aumentar la demanda, desarrollar más el sistema y el poder económico. Tampoco el capitalismo es capaz de concebir genocidios y exterminios al estilo nazi, mas llega también a ahogar al individuo con sus objetivos consumistas y la subordinación de la creatividad personal al reino de la cantidad. (18).

De entre un buen número de hilos problemáticos que se asoman en la obra que nos toca, intento considerar aquí el que en su momento me produjo la extraña sensación de que el *confort* vendido por la sociedad ni es necesariamente para siempre ni se obtiene con impunidad. Es decir, que Liscano advertía lo que también en esos días pude asimilar con Úslar Pietri, no otra cosa que la necesidad urgente de tomar conciencia acerca de los peligros inherentes al modo de vivir que hemos desplegado. Nunca olvido un capítulo de *Valores Humanos*,

programa de televisión conducido por Úslar, en el que literalmente me puso la carne de gallina. Olvidé el trasfondo del programa en cuestión, pero tengo presente que me asustó muchísimo descubrir el peligro real y muy posible de una tercera guerra mundial (tal catástrofe, supongo, era tratada con bastante detenimiento en ese capítulo), justamente como consecuencia del afán tecnológico descontrolado, de esa idea de progreso que avasalla lo que esté a su paso con el objetivo ciego de dominio general a través de la razón instrumental. Salí aturdido, desconcertado. ¿Cómo era posible una realidad de semejante calibre? Y esa palabrita, "razón", que antes se elevaba al altar de lo sagrado porque así lo había aprendido en la escuela, comenzó a relativizarse. Fijémonos en lo que Liscano sostenía: "De nada sirve explorar el espacio sideral, cuando sobre la Tierra los hombres se sienten exiliados, extraños, arrojados a una aventura indeseada, solitarios, quebrantados misteriosamente, acondicionados para un proyecto de masificación y mecanización constante". (47-48). La razón, magnífica a la hora de propiciar logros de modernización incuestionables, parece que al mismo tiempo constituye un monstruo de dos cabezas antitéticas. Liscano, como vemos, seguía incitándome a pensar. La razón, vista de ese modo, cargaba a costas una verdad alienante, de avanzada material indetenible pero de efectos perversos concomitantes, a la postre con suficiente poder para acabarnos. "Capitalismo y comunismo -expresaba Liscano-, cara y cruz de un mismo culto al poder, contradicen continuamente con la acción política e histórica los postulados que sostienen. Ambos regímenes han desarrollado sistemas eficientes de alienación, uno mediante una proposición permanente de consumo y libertad, el otro mediante la consagración del dogma socialista". (52). En la carrera entre el consumo y la libertad, Liscano afirma que el consumo lleva la delantera.

Ahora bien, una vez que se ha hecho el diagnóstico, llegado el momento en que el lector joven se percata de que algo no anda como debería porque empieza a escuchar ruidos donde hasta hace poco éstos no existían; una vez que el público lector se introduce por completo en las ideas expuestas en el libro y sus aldabonazos, ¿qué ocurre?, o cuando menos en mi caso, ¿qué sucedió luego? Nada menos: aparecieron las ganas, inmensas, de hacer algo, de buscar posibles remedios, de participar en el mundo con su carga de dinamismo e inconformidad y atender hasta donde pudiera sus problemas. La

rebeldía, de algún modo catalizada por la literatura, hizo acto de presencia.

Es curioso, pero en mí la necesidad de rebelarse ante el panorama circundante que comenzaba a observar llegaba a través de la hoja impresa, de la tinta y el papel, y no mediante el rock, la moda u otros mecanismos de protesta que tantos jóvenes ponen de manifiesto. Creo que ahí se instala el punto basal de la propuesta ética, y más que propuesta, la acción consciente de Liscano a propósito del público para el que escribe, no otra que mostrar a alguien -los jóvenes capaces de leer- la otra cara de la moneda, es decir, la invitación a otear con ojo de asombro, crítico, el horizonte que ahora luce desplegado, con sus matices a plena luz del día. La ética, ni más ni menos, que según Heidegger² implica la adopción de una postura novedosa equiparable a la toma de conciencia en cuanto al "estar" en el mundo. Y ese mundo, que sirve de morada a los humanos, es preciso asirlo, aprehenderlo, conocerlo, con el instrumental necesario para realizar la tarea: responsabilidad, honestidad, crítica al punto, acción, compromiso, sentido de pertenencia.

En este punto, justo cuando Juan Liscano baja la lámpara sobre los lunares de la civilización occidental, apela a nuevas formas de concebir la relación hombre-medio. Cuando hablo de medio, me refiero no sólo al medio ambiente sino también al social, en el más aglutinante sentido posible. Aludo entonces a los vínculos inextricables entre el hombre con otros hombres y consigo mismo, y al mismo tiempo con todo cuanto le rodea. Como los preceptos de la Modernidad están cuestionados, hace falta mover la mirada y actuar en planos diferentes de aproximación. Liscano nos dice que

El mundo de la razón se resuelve en su contrario, en la locura, la esquizofrenia, la psicosis; y la filosofía de las luces desemboca en las cárceles, los campos de concentración, los hornos crematorios, los bombardeos de napalm y los toques de queda. Sin duda el *homo sapiens* de los diagramas antropológicos, el hombre antropocéntrico del Renacimiento, el hombre enciclopédico, no se parece al nauseado de Sartre, ni a esos personajes involucionados, fetales, del ascético y tremendo Samuel Beckett... (67).

²Para una lectura más profunda al respecto, véase: Heidegger, Martin (2003). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.

Tal consideración sobre los productos de la razón tecnocientífica lleva al desencanto, como es posible notar, y a la tragedia que involucra al humano en tanto ente filosófico, todo ello sin atenuantes de cualquier índole. La razón ilustrada ha desembocado en un vacío contemporáneo cargado de transistores, chips, viajes a la Luna o antibióticos, nada despreciables por supuesto en lo que son y significan para nuestras vidas. Pero el asunto es otro, esto es, la urgencia, la necesidad de rastrear verdades superiores, trascendentales, que llenan la nada sartreana típica de los tiempos modernos. Detengámonos un momento en este párrafo del libro que leemos:

Cuando el pensamiento no brota de una fuente viva de iluminación interior, sólo sirve para desenmascarar la realidad, para situarnos ante nuestro propio fracaso, ante nuestras mentiras. Sus otras actividades -exceptuadas las mecánicas de investigación científica, en las que se polariza fuera del ego, en una acción si se quiere artesanal- resultan ilusorias, masturbatorias, hedonistas, tautológicas, estériles, inútiles cuando no criminales y definitivamente destructivas. Tomemos un ejemplo entre muchos, de la reversión que puede operarse en la acción humana, de lo aleatorio que resultará esa nueva disciplina llamada "Prospección del Futuro", si no admite la inmensa relatividad de nuestra actividad, de nuestras seguridades, de nuestros éxitos y triunfos casi siempre pírricos, de **nuestra incompetencia para igualar a Dios**, de nuestras limitaciones, de nuestra nadería. **Si no acepta también el misterio liberador, si no se vislumbra lo ilusorio del pensamiento puramente intelectual.** (negrillas nuestras, 67).

Lo anterior apunta no sólo a criticar el modo en que asumimos nuestro lugar en este mundo, la arrogancia que nos caracteriza y el peligro que conlleva, sino además expone una resultante cargada de "nadería", conjurable sobre la base de una "iluminación interior". Semejante expresión, no aclarada del todo a lo largo del texto quizás por la obvia profundidad temática que le subyace y por los límites del libro, supone el elemento faltante, la piedra de toque sin la que la humanidad se extravía en los laberintos del ego, de la falsa ilusión, de la superficialidad en su afán de consumo, espectáculo, hedonismo y condición crematística. Las ideas de Liscano, a este respecto, empalman de buena manera con las propuestas -sólo por dar un ejemplo mucho más cerca en el tiempo- de otro venezolano cuya

sensibilidad lo ha llevado a hacer parecidos llamados de atención.

En los últimos años el profesor Emeterio Gómez ha venido sustentando lo que a su juicio, a estas alturas de la cultura occidental, resulta de una necesidad imperiosa: la introducción de la dimensión ética, hoy por hoy sumamente endeble en las economías de mercado. Mediante lo que denomina "capitalismo solidario" y, más allá, "conciencia activa", sus razonamientos parecen encontrar eco en las propuestas de Liscano y viceversa. A propósito del capitalismo solidario nos dice lo siguiente:

Trasciende con mucho la filantropía, aunque no la excluye por supuesto. Ésta implica o supone asumir plenamente el capitalismo tal como lo planteó la Modernidad -es decir, con todas sus limitaciones- para tratar de ayudar a los pobres de manera exógena al núcleo mismo del sistema. El capitalismo solidario, por el contrario, implica insertar en ese núcleo más profundo de dicho concepto un elemento que en el siglo XVIII difícilmente podía asumir: el compromiso moral para con los otros seres humanos". (Gómez: 2007, 24).

De modo que ambos, Liscano y Gómez, vislumbran, desde sus respectivos quehaceres, el drama que nos envuelve y la salida que representa la posibilidad de cambio al encarar ciertos rumbos. Liscano nos habla de "iluminación interior", Gómez apela al imperativo ético desde las entrañas del mercado. Continuemos leyendo a Gómez:

La conciencia activa -o mejor dicho, la expansión sistemática de la conciencia activa- es el rasgo que define a la Modernidad. Entre 1637, año en que Descartes publica *El recurso del método*, y 1807, en que Hegel da a luz la *Fenomenología del espíritu*, en esos 170 años fulgurantes la civilización occidental produce otro milagro similar al griego del siglo V a.C., es decir, similar al descubrimiento del pensamiento racional. Pero el milagro que la modernidad produjo era la antítesis del griego. No se trataba ahora del conocimiento de la realidad sino de la posibilidad de transformarla. No se trataba ya de descubrir y reflejar en el pensamiento al Ser, sino de la capacidad de la conciencia o del espíritu humano para cambiar el Ser. La conciencia activa es precisamente capacidad de cambiar tanto el Ser natural como el Ser social, y el Ser humano; la naturaleza, la sociedad y el hombre están allí no para ser conocidos y menos aún contemplados -como

creyeron los filósofos griegos- sino para ser influidos, intervenidos, modificados, cambiados o transformados. La facultad fundamental de la conciencia no reside en la esfera de lo cognoscitivo, sino en la de lo activo o volitivo. El estar consciente de la realidad es apenas -por decir algo- la mitad de lo humano. La otra mitad es la voluntad. (Gómez: 2007, 61).

Tanto Liscano como Gómez parten, entonces, de un diagnóstico común que también parece entrelazarse en función de búsquedas que superan el mero hecho racional para hacer más vivible el mundo que habitamos. Cuando Liscano llama a los jóvenes a tomar conciencia de su estar en el mundo, llama asimismo a la acción, es decir, a manifestarnos éticamente en tanto humanos. Al leerlo, al avanzar paso a paso entre las páginas de *Reflexiones para jóvenes capaces de leer*, recuerdo que cada golpe sobre la mesa propiciado por un Liscano que retaba, producía en mí el sentimiento inesquivable -ya lo escribí antes- de actuar, de mojarme los pies, de involucrarme en cuerpo y alma en la puesta en escena que era la vida misma tal como la conocía, no sólo para palparla o conocerla, sino como sostiene Gómez, sobre todo para transformarla. "Ese gran viento metafísico que sopla en nuestra era atómica", escribe nuestro autor en *Reflexiones...*, puede regar los gérmenes de una nueva actitud ante el mundo, de una autorregeneración de la cultura, de un nuevo anhelo de existir en la noción trascendental y liberadora del ser, de un progresar en otra dimensión que la puramente material, a fin de que se evite la atroz destrucción atómica o ecológica, y nuevos sujetos de la historia sean capaces de asentar el reino del hombre sobre valores cualitativos y espirituales que, sin negar las avanzadas tecnologías de nuestro tiempo, descarten por otra parte la necia soberbia ciega de sentirse centro y eje del planeta, apaguen el miedo ante la nada y la muerte creadora, refrenen la pasión del exceso y la ambición de poder, en aras de renovar el mundo de la cultura y el mundo de la naturaleza. (82).

Una nueva actitud del hombre ante el mundo, expresa Liscano, al modo de Teilhard de Chardin³, yendo más allá de la lógica aristotélica, más allá de la racionalidad pura y alcanzar mediante

³Para una aproximación más detenida a las ideas del filósofo, ver: Chardin, Teilhard de (2005). *Lo que yo creo*. Madrid: Trotta.

caminos diferentes una renovada noción del Ser. Espiritualidad, replanteamiento de la vida interior, son términos y acciones presentes en la propuesta de sus reflexiones.

Una renovada noción del Ser, según las ideas de Liscano, pasa por abrir los ojos y "superar los límites del logos de la lógica corriente asentada en la noción de ente" (81) lo cual, sólo así, podrá acercarnos a realidades inasibles desde el plano cartesiano. El logos del Ser, esquivo a los mecanismos de la razón occidental, "mágico, poético, analógico, colocado en el campo de lo irracional, del misterio, del silencio, más allá de todo pensamiento, esencia del hombre, esencia cósmica que hace que las cosas sean en sí, además de ser identificables por su calidad y sustancia".(81).

Sostiene Liscano que el pensamiento finalmente "concluye en su propia limitación" (82), asunto que recuerda el llamado de otras voces que también, percatadas del afán crematístico que arroja a Occidente, proponen vías distintas para hallar nuevos sentidos, más equilibrados, más humanistas en el núcleo de las sociedades que vamos levantando. La ética aludida por Liscano no es, entonces, una ética del fracaso sino una de salvación, que asume el estar en el mundo -he ahí la invitación que hace a los jóvenes- como paso fundamental para pensarlo y elaborar así nuevos patrones vivenciales. La razón tecnocientífica que produce al fin y al cabo esclavos, puede y debe cambiar por una que valore las bondades de su producción pero además entrañe el cultivo del espíritu con la finalidad de intuir lo absoluto, es decir, vislumbrar un "cambio en los modos de pensar, una renovación de la conciencia". (93).

Con toda razón Mario Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo*, ha escrito: "En un individuo, al igual que en la sociedad, llegan a veces a coexistir la alta cultura, la sensibilidad, la inteligencia y el fanatismo del torturador y el asesino" (Vargas Llosa: 2012, 21), lo cual es una frase que denota la condición dual de nuestra cultura, capaz de asombrarnos con sus logros científicos y al mismo tiempo propiciar daños profundos, acaso irreparables, a la humanidad y a la vida en el planeta.

Siendo adolescente el libro de Liscano, como si fuese un puntillazo en la espinilla, produjo en mí el sacudón necesario para moverme a pensar. Y de pensar a querer actuar, sin saber cómo, sin tener idea del modo, pero lleno de emoción y ganas de cambio. Creo que *Reflexiones para jóvenes capaces de leer* descansa sobre un lecho

que, por paradójico que parezca, con el tiempo ha cobrado más actualidad. Occidente, las democracias liberales, el mercado, la noción de desarrollo ascendente y lineal, utópico, cuyo punto de fuga es la felicidad absoluta de los hombres, el consumismo exacerbado, el logos aristotélico, el hedonismo mal entendido, los mitos alrededor de la ciencia, y un abanico desplegado sobre otros temas que por razones de espacio no consideramos aquí, dan cuerpo al tratamiento que al respecto lleva a cabo nuestro autor. Vale la pena, para terminar, leer los últimos párrafos del libro de Liscano:

La revolución tecnológica y sus implicaciones en los campos de la demografía, de la política, de la economía, no puede reducirse solamente a las estructuras de poder, sino que se impone, de un modo más urgente, una revolución psicológica de la persona humana. Esa revolución implica un abandono interior de los móviles y condicionamientos seculares, y una explosión de la conciencia. Al final de esa mutación, concebida por unos de un modo abrupto y por otros de una manera progresiva, está un nuevo estado, con la posibilidad de una transformación en nuestro comportamiento, tan rapaz y carnívoro, tan esclavizado a los hábitos, a la urgencia acumulativa de los instintos inferiores. Ni el arte, ni la política, ni la ciencia, ni la religión cuando se estratifica dogmáticamente en iglesias, ni la psiquiatría, ni mucho menos la expansión victoriosa del yo, aproximan a esa renovación interior, a ese nuevo estado, a esa liberación psicológica, que pudiera propiciar, más allá de lo que se entiende hoy por amor -confundido como anda casi siempre con el deseo de posesión- el entendimiento y la paz entre los seres humanos. La cultura Occidental, el racionalismo, no satisfacen esta proposición. En cambio existen muchas vías ya transitadas y probadas por seres liberados, que conducen a esa posibilidad. No me corresponde señalar alguna. Si lo hiciera incurriría en el crimen intelectual de crearme poseedor de la verdad. Existen, y eso basta. Que cada quien encuentre la suya. (98).

Ahí yace su apuesta: sacudir, invitar a pensar, insuflar el espíritu de un joven con la duda crítica acerca del mundo que heredamos. Y afirmar la necesidad de buscar hasta encontrar, inventando un camino que no por particular deje de ser excitante, esperanzador y cargado de aventura espiritual.

Referencias Bibliográficas

Chardin, Teilhard de (2005). *Lo que yo creo*. Madrid: Trotta.

Gómez, Emeterio (2007). *Capitalismo solidario*. Caracas: El Nacional.

Heidegger, Martin (2003). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.

Liscano, Juan (1985). *Reflexiones para jóvenes capaces de leer*. Caracas: Seleven.

Savater, Fernando (2000). *Las preguntas de la vida*. Barcelona: Ariel.

Vargas Llosa, Mario (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.